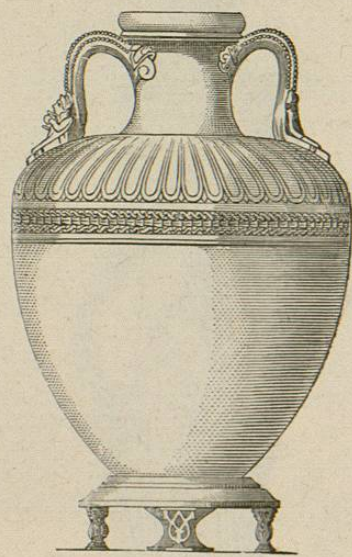


tes tracios del rey Cotis, que parecían haber pasado el Olimpo por senderos, se replegó de Tempe á las alturas del Pindo, y con esto quedaba Escipión en libertad de entrar en Tesalia cuando lo tuviera por conveniente. Pero en esta empresa arriesgaba entregar su línea de aprovisionamiento y de retirada á los cesaristas de Macedonia, y permaneció en esta provincia y en el valle de Tempe hasta que Calvino levantó su campo para reunirse con César en las fuentes del Peneo.

Por su parte Pompeyo había reunido hacia Larisa las legiones de su suegro. Quería aun entretener la guerra para consumir los recursos y fuerzas del enemigo; pero á los jóvenes nobles que lo rodeaban se les hacía ya demasiado larga la campaña y aun sospechosa tanta circunspección por parte del caudillo. «Si no se decide á combatir, decían, es por conservar el mando, tan orgulloso como está de arrastrar en su séquito cónsules y consulares y pretoria-



Anfora de bronce, del museo Etrusco del Vaticano

nos.» Llamábanlo en son de burla Agamenón, el rey de los reyes, y Favonio se lamentaba de que no sería posible aquel año comer higos de Túsculo, porque Pompeyo no querría abdicar tan pronto. Y subía de punto la impaciencia por la certeza en que se estaba de vencer sin grande esfuerzo.

En esta seguridad, se disputaban ya las dignidades como si hubieran estado en Roma y en vísperas de los comicios, y algunos enviaban á alquilar las casas de mejores vistas al Foro, aquellas en que se podía intrigar mejor; se designaban los cónsules para los años siguientes y se repartían los despojos de los cesaristas. Debía comenzarse por una proscripción general, que se llevaría á cabo judicialmente, como convenía á hombres que se batían por la defensa de las leyes; hasta habían establecido ya la forma del juicio.

No estaban ya tan de acuerdo en la repartición del botín. Fanio quería los bienes de Atico, Léntulo los de Hortensio y los jardines de César: los más prudentes parecían ciegos. Domicio, Escipión, Léntulo Espinter, se disputaban diariamente con acritud y calor el pontificado máximo de César. Las probabilidades se equilibraban entre estos tres candidatos, como quiera que si Léntulo tenía en su favor su respetable edad y sus largos servicios, Domicio tenía gran predicamento en el partido, y Escipión, que no tenía nada, era suegro de Pompeyo, que era como tenerlo todo. «Así, pues, dice el que desvaneció, en fin, tan locas esperanzas, en vez de ocuparse en los medios de vencer, sólo pensaban todos en la manera de explotar la victoria.»

Apremiado, pues, por los clamores de los nobles, á los que no sabía imponerse ni reducir á la obediencia, el gran Pompeyo se decidió, en fin, á dar la batalla cerca de Farsalia, en los mismos lugares en que, ciento cincuenta años antes, había conquistado Roma la Grecia y todo el Oriente helénico (Cinoscéfalos).

A vista de sus cohortes desplegándose en la llanura, exclamó César con júbilo: «¡Por fin! por fin ha llegado el día de combatir, no ya el hambre, sino hombres!» Y luego al punto avanzó para reconocer la línea enemiga, que formaban cuarenta y siete mil hombres de á pie y siete mil de á caballo sin mentar los auxiliares que no se contaban. Apoyábase la derecha en un riachuelo, cuyas escarpadas márgenes hacían difícil el ataque, y así había juzgado Pompeyo bastante fuerte esta posición para llevar á la izquierda toda su caballería. Cerrada en masa en este punto, se desbordaría fácilmente sobre el enemigo, lo cargaría por el flanco, lo envolvería, en fin, asegurando el éxito de la jornada.

César comprendió el designio de su contrario, y precisamente con este ataque previsto contó para vencer. No tenía más que veintidós mil legionarios y mil jinetes, y contra su costumbre formó de su ejército cuatro líneas de desigual extensión: las dos primeras debían embestir al enemigo, la tercera servir de reserva y la cuarta hacer frente á retaguardia contra la caballería que iba á asaltar su derecha. Advirtió á los veteranos de las seis cohortes, que colocó oblicuamente hacia este lado, que de su serenidad y valor dependería la victoria. «Soldados, les gritaba, dadles en la cara.» Sabía que los jóvenes nobles que iban á dar la carga, temerían más la deformidad de una herida en la cara, como tan acicalados y elegantes, que el deshonor de la fuga. Y en realidad la orden de conservar el *pilum* á fin de herir con él de cerca al enemigo en la cara, fué una idea bien concebida para pugnar con jinetes cubiertos de armas defensivas, que no habían tenido los jinetes galos, contra los cuales se habían batido hasta ahora sus legionarios.

Antonio mandaba el ala derecha, Sila la izquierda y Calvino el centro. César se colocó en medio de su décima legión, célebre por la abnegación que le había mostrado siempre y odiada por los jinetes pompeyanos que habían ofrecido pisotearla con sus caballos.

La seña del ejército de César era *Venus victoriosa*, la diosa á quien nadie se resistía; la del ejército pompeyano, *Hércules invencible*, que dos veces, sin embargo, había vencido Venus, por Onfala y Deyanira, y otra vez más iba á vencer por César.

Pompeyo había ordenado á los suyos esperar el choque sin moverse, esperando que por la carrera llegaran los cesaristas fatigados y en desorden. Pero cuando los veteranos vieron que sus contrarios permanecían inmóviles, de suyo se detuvieron, recobraron aliento, y después avanzaron á paso de ataque aun y en línea, lanzaron sus dardos y acometieron con la espada.

Mientras la acción se empeñaba en el frente de batalla, la caballería pompeyana carga á la cesariana rodeando su ala izquierda. César da entonces la seña á la cuarta línea, y ésta ataca con tanto arrojo, que sorprendidos de tan imprevisto como impetuoso ataque los jinetes, vuelven grupa y huyen. Al mismo paso se arrojan las cohortes sobre la izquierda enemiga y la envuelven. César aprovecha este momento para lanzar su reserva de refresco, y desbaratados por el choque los pompeyanos, se desordenan y desbandan.

Pompeyo había abandonado el campo de batalla al ver rechazada á su caballería y estaba desesperado en su tien-

da. De repente oye clamores y gritos que se acercan más y más: era que César conducía á sus soldados victoriosos al ataque de las trincheras. «¡Cómo! exclama el desdichado general; hasta en mi mismo campamento!» Entonces arrojó las insignias del mando, montó á caballo y huyó por la puerta *Decumana*.

Encontráronse en el campamento, bajo tiendas adornadas de hiedra y fresco césped, mesas puestas para la comida, aparadores cargados de vajilla de plata, ánforas llenas de vino, todo lo necesario para un opíparo y alegre banquete. «¡Y los que se permitían todo este lujo frívolo, dijo el vencedor, se atrevían á condenar la molice de los soldados de César, tan pobres como fuertes y bravos, faltos siempre hasta de lo necesario!» (9 agosto. — 6 junio 48).

A pesar de los esfuerzos de César para contener á sus soldados, sedientos de venganza, murieron al filo de la espada quince mil seiscientos pompeyanos; pero ni un solo jefe: Domicio pereció huyendo (1). «Ellos lo han querido, decía César, atravesando el campo de batalla cubierto de cadáveres; ellos lo han querido. Después de todo lo que he hecho por la república, habría sido condenado, como un criminal, si no hubiera apelado á mi ejército» (2). Su clemencia no se desmintió en esta ocasión. En cuanto se decidió la victoria, prohibió que se matara á ningún ciudadano y recibió en su gracia á todos los prisioneros que imploraron su piedad: los mismos que en otras ocasiones la habían obtenido ya, no necesitaban más que un intercesor para que los perdonara otra vez.

En la tienda de Pompeyo encontró su correspondencia, que podía revelar muy útiles secretos, y la quemó sin leerla. La historia hubiera sido más curiosa. Los pueblos y los príncipes que habían tomado partido por su rival ó sirvieron de cualquier modo la causa perdida, temblaban: César los tranquilizó. Los atenienses poco hechos á estas luchas de gigantes, habían prestado á Pompeyo su débil asistencia, en vez de aceptar la neutralidad que los dos partidos les ofrecían. César quería granjearse la buena voluntad de los atenienses, ganar la ciudad «que sabía hablar;» y cuando sus diputados se le presentaron, tímidos y suplicantes, se limitó á decir: «¡Cuántas veces os ha salvado ya la gloria de vuestros padres!»

Sin dar tiempo á sus tropas para pillar las riquezas dispersas en el campamento pompeyano, condujolas César en persecución del enemigo, cuyos últimos restos cercó en una montaña, haciendo hasta veinticuatro mil prisioneros.

El día siguiente, el ejército entero confirió el premio de valor á César, á la décima legión y á un centurión. Al ir á dar la seña del combate, hubo de reconocer el vencedor á este bravo veterano y llamándolo por su nombre, le dijo: — «Y bien, Crastino, ¿tenemos buen ánimo? ¿los batiremos? — Venceremos con gloria, César, contestó el centurión en voz recia; y hoy has de alabarme, vivo ó muerto.» A estas palabras marchó adelante, y ciento veinte hombres de su cohorte se lanzaron tras él para dar los primeros golpes. Después de brillantes hazañas, cayó el centurión. César mandó buscar su cadáver, lo cubrió de recompensas militares, que había ganado tan bravamente, y le erigió un se-

(1) César fija en 15,000 el número de pompeyanos muertos; Asinio Polión no contaba más que seis mil, pero dejando aparte, sin duda, á los aliados «que no se contaban,» dice Apiano (II, 82). El mismo historiador pone entre los muertos pompeyanos diez senadores y cuarenta caballeros.

(2) Palabras recogidas por Asinio Polión, que presenció la batalla, y referidas por Suetonio. Dion afirma (XLI, 62) que no perdonó la vida á los que cogidos una vez con las armas en la mano y perdonados por él, se encontraron ahora otra vez entre los prisioneros; pero que concedió á cada uno de sus amigos un pompeyano.

pulcro particular cerca de la fosa común en que fueron enterrados los demás muertos.

V. - MUERTE DE POMPEYO.

Pompeyo había cometido una gran falta alejándose de su flota y aceptando el combate en medio del continente griego; y fué otra no menor no haberse asegurado una plaza de refugio para el caso de una derrota. Pero tal era su confianza que ni siquiera señaló un punto de reunión: así todos se dispersaron á la ventura y de aquel poderoso ejército no quedaron más que muertos y suplicantes. El caudillo mismo, únicamente preocupado de salvar su vida, huía hacia el valle de Tempe, y los dos Léntulos que lo acompañaban, vieron al vencedor de Mitridates, de los piratas y de Sertorio, beber á la margen del río en el hueco de la mano, como los humildes pastores de la montaña.

Llegado que hubo á la orilla de la mar, pasó la noche en una cabaña de pescador, y por la mañana fué recogido á bordo de un barco de carga anclado á la embocadura del Peneo. Pocos momentos después, apareció en la playa el rey Deyotaro, haciendo ademanes de desesperación, y el patrón lo recibió también á bordo haciéndose á la vela sin más dilación. Pompeyo hizo poner la proa en dirección de Mitilene, donde recogió á Cornelia su esposa, y después hizo rumbo al Sur por el mar de las Esporadas «que en tiempos más felices cruzó con quinientas galeras.»

La noticia de su derrota le había precedido, y en aquellas islas, en aquella provincia de Asia, que él creía tan afectas á su causa, nadie mostró solicitud en asistirlo; ni aun en Rodas pudo detenerse más que un instante. En las costas de la Caria y de la Licia, teatro de sus antiguas hazañas, había ricas ciudades, como Afrodisias, Telmisio, Patara, donde le dieron algún dinero, y la Cilicia le suministró barcos y algunos soldados. Pero ¿adónde ir? Se dice que pensó en huir al país de los partos, y que habiéndole cerrado el camino del desierto el rey Antíoco, que se había declarado por César, se decidió á buscar asilo en Egipto. No tenía tampoco otro partido que tomar (3). El príncipe reinante, de cuyo padre, Tolomeo Auletes, hubo de ser amigo, era su aliado; sesenta navíos egipcios habían aumentado la armada senatorial en el Adriático, y á consecuencia de la expedición de Gabinio, habían quedado en Egipto algunos millares de soldados pompeyanos que no habían olvidado aún á su antiguo general; en fin, el país era de fácil defensa, y desde él podría comunicarse con los partos, si era necesario, y más seguramente con Varo y Yuba, dueños de la Numidia y del Africa romana.

Pompeyo llegó á vista de Pelusio (Damieta) seguido de unos dos mil hombres. Según el testamento del último rey, Cleopatra debía casarse con su hermano Tolomeo Dionisios, dos años menor que ella, y reinar conjuntamente con él bajo la protección del senado. Pero al cabo de tres años, fué expulsada la reina por el general Aquilas y por el mayordomo del rey Teodoto. Cleopatra se retiró á Siria y Tolomeo había reunido un ejército en Pelusio para detener la expedición que su hermana preparaba contra él. Cuando Pompeyo vencido se presentó, Potino y Aquilas fueron de parecer de recibirlo con honor; pero Teodoto rechazó el pensamiento de unir los destinos del rey á la suerte de un fugitivo, y enviaron una barca á la galera del general con pretexto de conducirlo á presencia del rey.

«Cuando la barca se acercó, Septimio fué el primero

(3) Había solicitado ya la alianza de los partos, pero estos hubieron de prender á su embajador (Dion, XLII, 2).

que se puso en pie y saludó á Pompeyo en lengua romana con el nombre de *imperator*, que es decir soberano capitán; y Aquilas saludó también en lengua griega y le dijo que pasara á su barca, porque á lo largo de la orilla había mucho limo y bancos de arena y no había bastante fondo para su galera. Pero al mismo tiempo se veían de lejos muchas galeras del rey que se armaban con presteza y toda la costa cuajada de gente de guerra, de tal modo que aun cuando Pompeyo y los que lo acompañaban hubieran querido mudar de parecer, no hubieran podido ya salvarse, y si hubieran hecho demostración de desconfianza, habrían dado al asesino pretexto para ejecutar su maldad: por lo cual, despidiéndose de su mujer Cornelia, la cual ya, antes del golpe, hacía las lamentaciones de su fin, mandó á dos centenarios que entraran en la barca del egipcio delante de él, y á uno de sus siervos manumisos, llamado Filipo, con otro esclavo de nombre Escines. Y cuando ya Aquilas le ten-



Tolomeo Auletes. (De una moneda) (1)

día la mano desde su barca, se volvió hacia su mujer y su hijo y les dijo este verso de Sófocles:

*El más libre es ya esclavo, en cuanto entra
del príncipe en la casa...*

«Estas fueron las últimas palabras que dijo á los suyos, cuando pasó de su galera á la barca. Y como había gran distancia de su galera á tierra firme, viendo que en el camino nadie le decía palabra de grata conversación, miró á Septimio á la cara y le dijo: «Me parece que te reconozco, camarada, por haber estado alguna vez en la guerra conmigo.» El otro le hizo sólo señal con la cabeza de que era verdad, sin darle otra respuesta ni hacerle halago ni cumplimiento ninguno: por lo cual no habiendo nadie que departiera con él, tomó un librito en que había escrito una arenga en habla griega, que pensaba dirigir á Tolomeo, y se puso á repasarla. Cuando iban arribando á tierra, Cornelia con sus domésticos y familiares amigos, se levantó mirando con grande ansiedad y lástima cuál sería el resultado. Y le pareció que debía esperar, cuando vio mucha gente del rey que acudía á la bajada de él como para recibirlo y honrarlo; pero en este punto, así como él tomaba la mano de su liberto Filipo para levantarse con más comodidad, Septimio vino por detrás y lo traspasó con su espada, y Salvio y

(1) Clarac, *Iconogr.* Auletes tiene en sus monedas la corona de laurel, que no merecía ciertamente.

Aquilas sacaron las suyas para rematarlo: entonces Pompeyo se cubrió la cabeza con la toga, y sin decir ni hacer ninguna cosa indigna de él, sufrió los golpes que le dieron, sólo suspirando un poco. Tenía cincuenta y nueve años de edad y acabó su vida el día siguiente al de su nacimiento.

«Los que estaban á bordo de sus barcos en la rada, cuando vieron esta muerte, lanzaron clamor tan grande que se oyó hasta la costa, y levando pronto áncoras, se hicieron á la mar huyendo, para lo cual les sirvió el viento que sopló tan luego como estuvieron en altamar; de manera que los egipcios que se aparejaron para darles caza, cuando vieron esto, desistieron; y habiéndole cortado la cabeza, echaron fuera de la barca el tronco del cuerpo, dejándolo expuesto á quien tuviera ganas de ver tan miserable espectáculo.

»Filipo, su liberto, permaneció siempre á su lado hasta que los egipcios se hartaron de mirarlo, y después de lavarlo con agua de la mar y envolverlo en una pobre camisa suya, por no tener otra cosa, buscó á lo largo de la playa restos de alguna vieja barca de pescador para quemar un pobre cuerpo desnudo y no entero aun. Cuando los recogía y juntaba sobrevino un romano, hombre de edad, que en sus años juveniles había hecho la guerra bajo la conducta de Pompeyo, y le preguntó: «¿Quién eres, amigo mío, que haces tal apresto para los funerales del gran Pompeyo? — Filipo le respondió que era un liberto suyo. — ¡Ah! exclamó el romano; no tendrás tú solo ese honor y te ruego me recibas en tan santa y piadosa obra, á fin de que no tenga yo ocasión de quejarme en todo y por todo de haberme habituado al país extranjero, habiendo encontrado, en compensación de los muchos males que he sufrido, siquiera la buena ventura de tocar con mis manos y ayudarte á sepultar al más famoso capitán de los romanos.» He aquí cómo fué sepultado Pompeyo (29 set. — 24 julio 48).

»El día siguiente Lucio Léntulo, sin saber nada de lo que había pasado, pues llegaba de Chipre, venía singlando á lo largo de la playa, y viendo una hoguera funeraria, y cerca de ella á Filipo, al cual no conoció de primeras, le preguntó: «¿Quién es ese, que habiendo acabado aquí los días de su destino, reposa en este lugar?» Pero de pronto, lanzando un gran suspiro, añadió: «¡Ah! por desgracia ¿eres tú, gran Pompeyo?» Después de esto saltó en tierra, donde luego al punto fué cogido y asesinado también (2).

La historia hace lo que César, que lloró sobre el triste fin de su rival. Pero si bien se concede que los servicios de Pompeyo, que el esplendor de su vida militar y la dignidad de su vida privada merecen elogios, hay que condenar, sin embargo, la estéril ambición y las perpetuas indecisiones del hombre que no quería el poder sino para hacer ostentación y gala de su púrpura triunfal. Talentos, después de todo ordinarios, no bastan para merecer el título de hombre de Estado; á este título no se tiene derecho, sino á condición de haber comprendido bien las necesidades de la época y por consiguiente el porvenir que se acerca, después, reconocido este fin, de haber marchado hacia él resueltamente.

Pompeyo, que tantas veces pasó del senado al pueblo y del pueblo al senado, no tuvo nunca otro móvil que el interés de su grandeza. En su historia resalta una moralidad política: el fugitivo de Farsalia era el tráfuga de todos los partidos.

(2) Plutarco, *Pomp.*, versión de Amyot. Ciento sesenta años después, Adriano le erigió un sepulcro (Spart., *Hadrian.* 7).

CAPITULO LVII

LA GUERRA CIVIL Y LA DICTADURA DE CÉSAR DESDE LA MUERTE DE POMPEYO HASTA LA DE CATÓN (48-46)

I. — GUERRA DE ALEJANDRÍA (OCTUBRE 48 Á JUNIO 47). EXPEDICIÓN CONTRA FARNACES

César sabía acabar sus victorias. Dejando á Cornificio en la Iliria para vigilar á Catón y la flota pompeyana, y á Galeno en Grecia para reducir á los pueblos, partió con dos legiones, que apenas constaban de tres mil doscientos peones y ochocientos jinetes, y siguió las huellas de Pompeyo, á fin de no darle tiempo á rehacer un ejército. Según una narración poco verosímil, cuando pasaba el Helesponto en una barca, hubo de encontrar á Casio al frente de diez galeras pompeyanas y le intimó la rendición. Turbado Casio se rindió, sin pensar que de un solo golpe podía acabar la guerra (1). Cosa más cierta es que horriblemente oprimida el Asia por Escipión, supo con júbilo qué dominador le deparaba la suerte de las armas. El vencedor descargó á la provincia de la tercera parte de los impuestos, le permitió repartir por sí misma el tributo y hasta cambió el sistema tributario, sustituyendo el desastroso régimen de las décimas con una contribución fija: de modo que sólo quedó á los publicanos la recaudación de algunos impuestos indirectos de poca importancia. Contaba, por de contado, con encontrar en Egipto el dinero que no quería pedir á la empobrecida Asia.

Pocos días después de la muerte de Pompeyo llegaba á vista de Alejandría con treinta y cinco barcos y cuatro mil hombres. Cuando Teodoto le presentó la cabeza de su rival desvió la vista con horror y ordenó que se enterraran piadosamente aquellos tristes restos en una capilla, dedicada á Némesis, que hizo erigir á las puertas de la ciudad.

Los ministros del rey se sintieron ofendidos de los honores dispensados á su víctima, y viendo á César tan mal acompañado, hubieron de olvidar que tenían en su presencia al dueño del mundo. Excitados secretamente los soldados egipcios, decían en alta voz, cuando pasaban los lictores, que la presencia de estos era un atentado á la majestad real, y todos los días había tumultos y contiendas de las que salía herido ó muerto algún legionario.

Cuando para pagar sus tropas, reclamó el cónsul una antigua deuda de Tolomeo Auletes, importante diez millones de sestericios, contestó Potino desdenosamente que César tenía aún entre manos negocios muy graves que arreglar, que le tendría cuenta partir cuanto antes para arreglarlos, y que á su vuelta recibiría, con las gracias del rey, todo lo que le era debido. Demasiado claro era este lenguaje; pero César no podía ni quería partir. Los antiguos decían que de noviembre á marzo la mar estaba cerrada. Los vientos etesios ó del Norte, que soplaban con violencia en el Archipiélago, interrumpían la navegación de Egipto á Grecia y condenaban al vencedor de Pompeyo á permanecer en Alejandría.

Ahora bien, César tomaba muy á pecho los intereses de

(1) Es la narración de Apiano y de Plutarco. La de Cicerón (*Philipp.* II, 11) merece más confianza. Casio, dice, esperó á César en la embocadura del Cidno para matarlo, y César se libró de la muerte por casualidad.

Roma para no utilizar su forzosa permanencia á orillas del Nilo en arreglar los negocios de Egipto, según las conveniencias de la república; y el interés de la república era que los asesinos de Pompeyo que con tal entono y tanto desdén hablaban á César, dejaran de ser los dueños de aquel rico y apetecible reino, puesto de mucho atrás bajo la clientela de Roma. Como primer paso envió secreto aviso á Cleopatra para que volviera, y la joven reina «partió solo con su confidente Apolodoro, llegando de noche á las puertas del palacio; mas como no podía entrar sin ser reconocida, se envolvió en un lío de ropas, que Apolodoro ciñó con una correa y llevó adonde estaba César. Aquella princesa que acababa de levantar un ejército para hacerse por sí misma justicia y respondía tan audazmente á su llamamiento, era la aliada que necesitaba, y en nombre de Roma que había recibido la tutela de aquella dividida raza real, obligó á Dionisios á reconciliarse con su hermana.»

Plutarco, cuyas palabras hemos transcrito, no ve en esto más que una aventura amorosa; yo veo también y sobre todo un negocio político. Los ministros comprendieron desde luego que su ruina era el precio de esta reconciliación, y para romperla indujeron al joven rey á huir del palacio y llamar al pueblo en su ayuda. Los romanos cogieron muy pronto al príncipe fugitivo; pero esta tentativa de evasión excitó en la ciudad un levantamiento que César procuró calmar leyendo al pueblo el testamento del último rey, Auletes, y declarando que á título de tutor, ordenaba, conforme á la última voluntad del real difunto, que Tolomeo y Cleopatra reinaran juntos.

La sublevación no tuvo consecuencias. Potino se resignó al parecer, pero en secreto llamó á Aquilas que mandaba en Pelusio veinte mil hombres de buenas tropas, gracias á los cuadros romanos que Gabinio había dejado en Egipto. César hizo que Tolomeo les prohibiera cometer ninguna violencia, y por toda contestación dieron muerte á los enviados. Cuatro mil romanos tuvieron entonces que hacer frente á veinte mil soldados aguerridos ó ejercitados á lo menos, y á un pueblo irritado de trescientas mil almas. Al norte de la calle Canopica ocuparon parte del *Bruchion*, donde estaban el palacio real y el teatro; después cerraron todas las avenidas llegando á hacer de aquel conjunto de sólidas construcciones una vasta fortaleza, donde Aquilas perdió muy luego las esperanzas de forzarlos. Para cortar sus comunicaciones con el mar, atacó en el puerto la flota real de que César se había apoderado, y no pudiendo salvarla los romanos le pegaron fuego. El incendio se corrió al arsenal y destruyó la famosa biblioteca de los Tolomeos que contenía, según dicen, cuatrocientos mil volúmenes.

Desde el interior del palacio sostenía Potino activa comunicación con los sitiadores: César lo hizo matar y encerró más estrechamente á Tolomeo. El eunuco Ganimedes, confidente de Potino, consiguió sin embargo evadirse con Arsinoe, hermana menor del rey, y la condujo al campamento, donde fué saludada con el título de reina. Ganimedes, hombre inteligente y activo, aprovechó en su favor la buena disposición de los soldados; indujolos á dar muerte